MUNDO DE LOS DOMOCOS · II



BLOHER

EL TALLER

Godem y la fuerza de la existencia

«Los hice así porque así son entretenidos.»

Godem · El carcelero, cap. 5



I

El taller

donde empieza todo

Un artesano que no descansa

En un lugar que ninguna criatura puede ver entero hay un taller. Lámparas bajas, engranajes, frascos, lentes de latón y una mesa que nunca está vacía.

Allí trabaja Godem. No crea de un golpe ni por amor: prueba, corrige, desarma y vuelve a empezar. Crea como quien no soporta quedarse quieto con su propia eternidad.

Cada criatura salió de esa mesa. Antes de ser cuerpo, fue experimento.





Engranaje a engranaje



Primero, lo más pequeño



II

Lo más pequeño

átomos y células

La primera chispa

Empezó por lo que nadie ve. Juntó átomos, los obligó a enlazarse, encerró un poco de agua dentro de una membrana y la llamó célula.

Esa gota viva hacía una sola cosa: dividirse. De una salían dos, de dos salían cuatro. No pensaba, no sentía, no sabía nada. Solo seguía.

Ahí Godem dejó la primera marca de su savia: la orden de continuar.





Una forma que se mueve





III

La savia

una gota de su esencia

La gota que tiñe todo

En cada experimento, Godem deja caer una gota de sí mismo. La novela la llama savia.

La savia tiñe a la criatura con su color, su olor y su ritmo. Por eso todas se parecen en lo más hondo, aunque por fuera no se parezcan en nada.

Bacteria, insecto, rana o humano: savia del mismo árbol.



La fuerza de la existencia

Lo que la savia lleva dentro tiene nombre en El carcelero: la fuerza de la existencia. Es una orden escrita en la materia: no desaparecer.

La biología la conoce por otros nombres. El instinto de supervivencia. El impulso de reproducirse. La vida que, desde hace casi cuatro mil millones de años, no se ha detenido ni una sola vez.

Ninguna especie decidió seguir existiendo. Todas fueron hechas para no poder dejar de intentarlo.



De lo pequeño a lo inmenso, la misma orden



IV

Todos igual

perpetuar la especie

Lo que hace cada criatura

Un virus no está vivo del todo y aun así lo único que hace es copiarse. Una bacteria se divide cada veinte minutos si encuentra alimento.

El salmón remonta el río para desovar y muere después. La mantis macho se acerca a la hembra aunque pueda perder la cabeza. Hay plantas que florecen una vez en cien años y se secan en cuanto dejan su semilla.

Ninguna criatura se detiene. El eje de todo es perpetuar la especie, aunque el individuo pague el precio.





Las pruebas intermedias

No todos los experimentos salieron bien. Algunos quedaron a medio camino entre una forma y otra.

Godem los observa igual. Los que no sirven para la obra los aparta: son los Doomers, los descartes de su taller, que siguen luchando por la savia en un planeta sin moral.





V

El humano

la criatura que pregunta

Un experimento más

El humano salió de la misma mesa. Lleva la misma savia que la rana y la célula: el mismo hambre, el mismo miedo a morir, el mismo impulso de dejar descendencia.

Lo distinto es que a esta criatura le dejó una conciencia que la habita como un huésped. Puede preguntarse por qué. Y le instaló un supervisor dentro, para que nunca suelte del todo sus cadenas.

Cree que elige. Muchas veces solo obedece, con otras palabras, la misma orden que el renacuajo: continúa.





Los disfraces de la orden

La fuerza de la existencia se disfraza de muchas cosas: amor, hambre, ambición, miedo, fe, patria, familia, arte, legado, esperanza.

Una ciudad entera, vista desde arriba, se mueve como una colonia de células: buscar alimento, buscar pareja, proteger a la cría, no desaparecer.





VI

El espectáculo

por qué no se detiene

Para que la obra siga

Godem no busca criaturas buenas ni perfectas. Busca que la obra no se detenga, porque una obra quieta lo aburre.

Por eso la fuerza de la existencia es su invento más antiguo: mientras cada criatura quiera seguir, habrá deseo, miedo, lucha y relato.

Lo grande se reproduce en lo pequeño. Lo pequeño imita lo grande.



El universo en la palma de su mano





«Debajo de todos esos disfraces estaba la misma orden: no desaparecer.»

El carcelero, cap. 40

